

XXIV Domingo Tiempo ordinario

Isaías 50, 5-9a; Santiago 2, 14-18; Marcos 8, 27-35

*«El que quiera salvar su vida la perderá;
pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará»*

16 Septiembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

*«Seamos creativos con ese tiempo que Dios nos regala para seguir sus pasos,
para modelar su rostro con nuestras torpes manos»*

Es obvio que si no nos decimos la verdad a nosotros mismos, menos se la podremos decir a los demás. Si no estamos en contacto con los sentimientos y actitudes que están en nuestro interior, si no conocemos nuestra verdad más profunda, nos resultará imposible compartirla con otros. ¿Quiénes somos en realidad? ¿Qué piensan los demás de nosotros? ¿Qué pensamos de nosotros mismos? Si nos engañamos, no cabe duda de que también engañaremos a otros. La honestidad con uno mismo es un hábito que deberíamos practicar diariamente, de manera habitual. Se trata de hacer consciente lo que sucede en nuestro corazón, cada vez que procesamos nuestras sensaciones, percepciones, emociones y motivaciones. Tenemos que detenernos a analizar lo que sucede en nuestro interior. Así tendremos una imagen más sincera de quiénes somos de verdad. De esta forma podremos querernos en nuestra complejidad y sencillez, en nuestra fealdad y belleza. No obstante, en ocasiones constatamos una realidad: «Somos excesivamente benévolos en el juicio a nosotros mismos; amarse a uno mismo es el inicio de un gran amor que durará toda la vida. Pero cuidado con sobrevalorar la autoestima, la imagen de uno mismo y el concepto de uno mismo. El yo, en gran medida, es insignificante»¹. Amarnos a nosotros mismos significa reconocer la belleza de nuestra vida y darle un sí. Exige aceptar las limitaciones propias de nuestras incapacidades y querernos tal y como Dios nos ha soñado, no como creemos que deberíamos ser.

Es todo un camino en el que se confrontan nuestros grandes anhelos y sueños y la realidad que nos hace reconocer nuestros miedos. Por eso es importante entender que no somos dioses, sino sólo hombres frágiles en camino hacia Dios. Leía el otro día: «No juguemos a ser dios, evitemos caer en el activismo, pues no poseemos el don de la ubicuidad. Hagamos pausas para formularnos preguntas, para reorganizarnos los objetivos, para sentirnos plenamente, para escucharnos desde nuestras experiencias»². Es necesario comprender que nos vamos haciendo en el camino. Pero también es necesario que nos demos pausas, que no vivamos sumidos en una corriente que nos lleva de un lado a otro sin respiro. Es cierto que nuestra vida es un camino que asciende a las cumbres. Por eso, cada vez que pensamos en lo que Dios quiere de nosotros, constatamos con alegría que Dios sueña algo grande. No podemos conformarnos con los mínimos, hemos sido creados para construir un mundo mucho mejor que aquel que recibimos. Está en nuestras manos y no podemos vivir echándole la culpa a la vida por nuestra dejadez y pereza. Si no lo hacemos nosotros se quedará por hacer. Leía hace poco: «Las barreras están para ser derribadas, para saltar sobre ellas y rebasarlas empujados por la fuerza arrolladora del espíritu, del alma». No nos conformemos. No tengamos miedo a las cruces que nos toca cargar. No vivamos con creencias limitantes que entorpecen nuestro crecimiento. ¿Quiénes somos? ¿Quiénes podemos llegar a ser? ¿Hacia dónde vamos? **Sigamos el camino marcado aunque en ocasiones tengamos miedos y**

¹ Javier Urra, “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, 48

² Javier Urra, “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, 43

dudas, aunque haya que superar muchas barreras para seguir adelante.

Es cierto que la vida nos puede hacer daño en nuestro caminar. Las crues inesperadas nos hieren y nos cuesta llevarlas con alegría. A veces podemos sentirnos como una persona que explicaba cómo se sentía después de haber pasado por la dureza de la enfermedad: «*Estoy muy susceptible. El aire me hace daño. El sol que brilla burlón me hace daño. Los ruidos, el silencio. Cuando me buscan y cuando me olvidan. Todo me hace daño. Es difícil que haya palabras adecuadas. Reclamo un perdón que nadie me va a ofrecerme porque no hay culpable. Pero mi herida es tan grande. Que no hay vendaje, ni anestesia capaz de cubrirla*3. Es cierto que la vida, la cruz, la enfermedad, el dolor, pueden debilitar nuestra fortaleza y hacernos más susceptibles frente a la vida. Nos volvemos más sensibles y el mundo nos asusta. Pero no nos desanimamos. Al contrario. Hoy queremos volver a mirar con optimismo nuestro futuro, queremos soñar alto y confiar en esos planes que parecen imposibles. Hoy volvemos a mirar en nuestro interior, buscamos la fuerza que Dios nos ha dado. Somos una obra de arte. La misión soñada por Dios vive en el alma. No podemos perder el tiempo. Decía el P. Kentenich: «*Sólo tengo que hacer una cosa: querer a Dios. Experimentad cómo me da fuerza a pesar de mi nerviosismo, a pesar de los más duros golpes del destino, a pesar de la más pesada responsabilidad, para recorrer silencioso y sereno mi camino como si nada sucediera*»⁴. Es necesario aprender a querer a Dios y a seguir sus pasos y así perderlo todo entregando la vida. El tiempo vuela y no podemos dejarlo pasar: «*Es verdad que las horas, los minutos no van a volver. Que el tiempo no se puede domesticar. Si bien todos tenemos veinticuatro horas cada día, lo que nos diferencia es la creatividad para utilizarlas*»⁵. Seamos creativos con ese tiempo que Dios nos regala para seguir sus pasos, para modelar su rostro con nuestras torpes manos. **Basta con ser fieles a lo que somos, a lo que Dios nos pide. Pero, ¿quién es Jesús para nosotros?**

Hoy escuchamos esa pregunta que Jesús hace a sus discípulos. Suena con fuerza en nuestros corazones: «*En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino, pregunto a sus discípulos: - ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos le contestaron: - Unos, Juan Bautista; otros, Elías; y otros, uno de los profetas*». ¿Quién es Cristo para el hombre de hoy? ¿Un profeta, un hombre sabio, un carismático? Cristo atrae por sus palabras y su vida también a los no creyentes. El hombre de hoy no cuestiona a Cristo, pero sí a su Iglesia. Respeta a la Cabeza, pero desprecia a su Cuerpo. Entiende que Cristo fue un gran hombre, sin embargo, no ve grandes hombres en su Iglesia. Sólo ve luchas de poder, incoherencias, falta de radicalidad. Como dice Benedicto XVI: «*Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin*»⁶. Hacen falta hombres enamorados de Dios que puedan enamorar a otros. Dios ha sembrado en todo corazón un deseo de eternidad que el mundo no puede acallar. Por eso Dios no se olvida del hombre, se quiere comprometer apasionadamente por nuestra búsqueda de la felicidad. El mundo hoy busca la felicidad lejos de Dios. Busca la gloria y la fama de la tierra, tal vez una vida sin final pero en este mundo, una vida sin enfermedad ni muerte. El mundo pide auxilio con gritos callados, y busca, no obstante, algo más, algo que lo trascienda y supere sus límites humanos. Por eso a Cristo le interesa lo que el mundo dice y piensa. Porque no se desentiende nunca de su destino. Nada de lo humano le es ajeno. Decía Benedicto XVI: «*No podemos olvidar que muchas personas, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios*»⁶. Por eso a nosotros también nos importa el mundo y sus preguntas, el hombre que niega a

³ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 249

⁴ Javier Urra, “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, 41

⁵ Benedicto XVI, “Porta fidei”, carta apostólica

⁶ Benedicto XVI, “Porta fidei”, carta apostólica

Dios y se busca a sí mismo. Nos interesan las corrientes que mueven hoy el corazón del hombre. No queremos vivir en una burbuja, lejos del sentir de los hombres. No podemos refugiarnos sólo en la cercanía de aquellos que piensan como nosotros, rechazando a los que son diferentes. Por eso hoy nos preguntamos: ¿qué piensa el hombre hoy de Dios? ¿Quién es Cristo para los que no creen? Un estudio revelaba datos interesantes. Según el informe Gallup 2011-2012 «*Religion and Atheism Index*», un 57% de la población mundial se consideran creyente de alguna religión. Es decir, casi 6 de cada 10 personas es religiosa frente a un 23 por ciento que se definen como no religiosas y un 13 por ciento que aseguran ser ateas⁷. En España un 52% de las personas consultadas se declaró que tenía algún tipo de creencia frente a un 9% que señaló ser ateo. La pregunta por el más allá, por una vida que supere nuestros límites, sigue viva en muchos corazones. El hombre que se rebela contra la Iglesia busca una vida más plena, una vida con un sentido religioso. Queremos caminar al encuentro de ese hombre confundido y sin esperanza. Es lo que hizo Cristo. No se refugió entre aquellos que aplaudían sus pasos y bebían sus palabras. Salió al encuentro del no creyente, del que busca, del que vive en la oscuridad, de aquel que no se atreve a sostener su mirada. **Hoy queremos ser reflejo de su mirada misericordiosa en medio del mundo.**

No obstante, a Jesús le importa saber qué piensan sus discípulos, qué pensamos nosotros: «*Él les pregunto: - Y vosotros, ¿quién decís que soy?*» Esta pregunta nos la dirige hoy a nosotros: ¿quién es Jesús para nosotros? ¿En qué hemos convertido nuestro seguimiento a Jesús? ¿A quién seguimos? Hace falta mucha honestidad, mucho silencio y oración, para contestar lo que realmente hay en nuestro corazón. Mirando el rostro de Jesús y la verdad sobre Él, descubriremos nuestro verdadero rostro. En Él se refleja lo que somos y lo que estamos llamados a encarnar. En su mirada nos vemos reflejados en nuestra pequeñez. Aunque muchas veces nos inventamos a un Cristo hecho a nuestra medida. Un Cristo cómodo que no exija demasiado. Por eso la respuesta a esta pregunta cambia el mundo y transforma los corazones. Hoy nos volvemos a hacer esa pregunta. Una mujer confesaba al hablar de su enfermedad: «*Hija mía, no sabes la suerte que tengo. Porque he sentido a la Virgen María conmigo todo el camino. Mira, la fe es un don, tú tienes que buscar, pero es un don. Es sentirte querida y amada por un Ser superior. Y eso, cuando tú has tenido un encuentro personal con ese Amor, no se puede explicar. Simplemente lo vives y lo sientes. Yo he tenido un encuentro personal muy grande con Dios, sé que soy una privilegiada y que esto te hace ver la vida de otra manera.*». Sólo es posible responder a esa pregunta sobre Jesús cuando lo hemos conocido, cuando ha habido un encuentro personal. Entonces comenzamos a ver la vida de otra manera. ¿Quién es Jesús? ¿Qué tiene que ver con nuestra vida? Cuando miramos en sus ojos comprendemos que no podemos vivir como hasta ese momento. De esa forma empezamos a cambiar de vida. Decía Isaías: «*El Señor me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Tengo cerca a mi defensor, ¿quién pleiteara contra mí? Comparezcamos juntos. ¿Quién tiene algo contra mí? Que se me acerque. Mirad, el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?*» Isaías 50, 5-9a. Cuando descubrimos su verdadero rostro empezamos a recorrer caminos diferentes. **Perdemos los miedos y avanzamos confiados. Él va a nuestro lado y nos sostiene en nuestra cruz.**

Sin embargo, al mirar a Jesús, descubrimos habitualmente en nosotros una polaridad. Por un lado nos sentimos capaces de transformar el mundo en un gesto, en una palabra, porque hemos encontrado un amor que todo lo transforma; pero, por otro lado, en momentos de debilidad, descendemos de las alturas al polvo de la tierra. San Pedro nos muestra hoy un claro ejemplo de esa realidad. Es capaz de las más grandes afirmaciones: «*Pedro le contestó: - Tú eres el Mesías*». Es capaz de lo más sublime. Reconoce en la carne de

⁷ La encuesta se realizó a 51.927 mujeres y hombres provenientes de 57 naciones entre noviembre de 2011 y enero de 2012.

Cristo la grandeza de Dios. Sólo Dios pudo haberle revelado ese misterio. Pedro ha sido testigo de las obras del Maestro. En sus palabras ha descubierto una misión escondida, una misión para toda su vida. Jesús no es un profeta más. Lo ha conocido y lo ha amado. Se ha sabido amado por Él. En el misterio de sus milagros ha descubierto el rastro de Dios. En la caricia de sus manos humanas ha percibido la mano de un Padre, la mano de Dios. Encuentra al Salvador bajo la apariencia de un hombre mortal. Ve, en esa debilidad humana, que le desconcierta, la fortaleza del Creador. Así somos nosotros tantas veces cuando le entregamos la vida a Cristo y nos creemos capaces de todo. Creemos percibir sus huellas y las seguimos. Decimos que lo seguiremos allí donde Él vaya. Tocamos el amor de Dios en nuestra vida y el corazón arde apasionado. El salmo expresa esta experiencia: «*Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida. Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco. Invoqué el nombre del Señor: - Señor, salva mi vida. El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo; el Señor guarda a los sencillos; estando yo sin fuerzas, me salvo. Arrancó mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida*» Sal 114, 1-2. 3-4. 5-6. 8-9. Pedro, como nosotros, se enamora de ese Jesús poderoso que va a salvar su vida. Cree en Él, ve en Él a ese Salvador que trae todas las respuestas. Entiende que solo hay un camino posible: la victoria. Sólo cree en la vida y no en la muerte. **Su corazón se llena de euforia.**

No obstante, Pedro descubre que su debilidad y su pecado le hacen caer de las alturas. Acaba de afirmar la divinidad de Dios y, acto seguido, le pone palabras a sus miedos: «*Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo*». Pedro entiende que el Mesías es poderoso, que no es un hombre débil, que no muere, ni conoce la corrupción. Su Mesías no tiene barreras. Siempre se levanta y vence. Pedro se convierte en un verdadero asesor de imagen de Jesús y no acepta las palabras negativas del Señor: «*Y empezó a instruirlos: - El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días. Se lo explicaba con toda claridad*». No le gustaban a Pedro estas palabras que hablaban de muerte. Tampoco nos gustan a nosotros que soñamos con la eternidad. Nos gustan más las reglas del otro juego, el juego de la vida que soñamos mientras la suerte nos sonríe. Pero cuando las cosas no funcionan, cuando la enfermedad o la muerte nos sorprenden, cambian las reglas del juego y nos sentimos estafados. Pensábamos que todo era diferente. Comentaba una persona en su enfermedad: «*He olvidado las reglas del juego. O quizás las reglas de mi juego son ahora distintas. Y soy muy torpe jugando. ¿Cuántos obstáculos me quedan aún por saltar? ¿Cuánta gasolina van a concederme? ¿De qué se van a construir mis sonrisas? ¿De euforia o de debilidad? ¿De satisfacción o de derrota consentida?*». Jesús muestra el camino de nuestra vida. Nos enseña que la cruz es parte de nuestra vida. Que el sufrimiento nos redime, nos salva y hace libres. Nos dice que no hay seguimiento sin cruz y que no podemos mirarle a Él sin ver la cruz y, tras ella, la vida. Pero el corazón se rebela ante el dolor. Nos rebelamos como Pedro: «*Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo*». Muchas veces queremos instruir a Cristo y aconsejarle otros caminos. No lo conocemos en realidad, no sabemos quién es. No entendemos sus palabras y no aceptamos sus planes. Nos gustan más los discursos positivos llenos de esperanza, nos gustan los mensajes alegres y llenos de vida. Tememos la muerte y el dolor. Nos cuesta renunciar y que nos desposean de lo que nos hace felices. Pero Jesús hoy no calla, sino que se muestra inflexible: «*Jesús se volvió e increpó a Pedro: - ¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!*» Es cierto, pensamos como Pedro, pensamos como piensan los hombres. Nuestros pensamientos se arrastran por el suelo, no elevamos la mirada. Una persona decía: «*A pesar de todo creo que, cuanto más se acerca uno a Dios, más pegados tiene los pies a la tierra, aunque la cabeza esté continuamente en el cielo*». Así debería ser. Cristo reprende a Pedro porque no ha logrado hacer vida su creencia. Cree en Él, cree que es el Mesías, pero no ve que su vida pueda transformar y salvar al hombre. Nosotros confiamos en nuestras propias fuerzas. Nos rebelamos y tememos ese poder invisible del Mesías: ¿Quién te va a seguir si muestras una vida tan dura a los hombres? Al

fin y al cabo lo que deseamos es la felicidad y no ser salvados. **El hombre ya no cree en un Dios redentor. Lo que espera es que el cielo se haga presente aquí en la tierra.**

Jesús deja claras las premisas para un seguimiento real: «*El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará*» Marcos 8, 27-35. Seguir a Jesús no parece tan sencillo. Ganar o perder. ¿Es sólo un juego de palabras? ¿A qué estamos jugando? No, la vida no puede ser un juego cuando todo es importante. Nosotros nos confundimos cuando queremos vivir sin límites, siempre buscando la victoria. Queremos ganarlo todo y nos negamos a perder nada de lo que hemos recibido. Por eso nos asusta pensar en negarnos a nosotros mismos. Buscamos, consciente o inconscientemente, afirmar nuestro valor. Nos rebelamos ante el mandato de cargar con nuestra cruz diaria, con esa cruz que quisiéramos dejar siempre a un lado. No queremos perder la vida, porque es muy valiosa, y queremos superar nuestros límites. Estamos dispuestos a hacer todo lo posible por ganar siempre. Las derrotas nos duelen y nos hacen infelices y el corazón quiere vivir siempre alegre. Queremos vivir a tope sin cansarnos, comer bien sin engordar, ganar grandes sueldos sin esfuerzo, recibir mucho a cambio de poco. Las reglas de juego que hoy nos proponen son un escándalo. Es la paradoja de seguir a Cristo. Tal vez por eso muchos no lo siguen hoy y han olvidado su rostro. No lo conocen y no lo aman. Se trata de entregar todo el corazón y no parte de nuestra vida como tantas veces hacemos. Sólo el amor hace posible abrazar el Evangelio. Sólo un amor firme permite la fidelidad desde lo alto del madero. El sufrimiento nos libera y nos hace más de Dios, pero nosotros preferimos ser esclavos. Las palabras de Jesús calan nuestro corazón. Quieren hacerse vida. Hoy queremos aprender a renunciar, a negarnos, a perder, pero por Cristo, por amor a Él. **¿En qué tenemos que morir para que Él viva? ¿A qué tenemos que renunciar para ganar su vida?**

Hace falta una fe fuerte y audaz para seguir a Jesús donde Él quiera llevarnos. Porque está claro que nuestra fe, aquello en lo que creemos, acaba determinando nuestra forma de actuar. La fe que no se plasma en la vida, se acaba secando y muere. Dice hoy el apóstol: «*¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar? Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: - Dios os ampare; abrigaos y llenaos el estómago. Y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, por sí sola está muerta. Alguno dirá: - Tú tienes fe, y yo tengo obras. Enséñame tu fe sin obras, y yo, por las obras, te probare mi fe*» Santiago 2, 14-18. No basta con que tengamos fe si no actuamos en consecuencia, la fe sin obras es una fe muerta. El amor va unido a nuestra experiencia de fe. Dice Benedicto XVI: «*La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino*»⁸. Al amar creemos. Al creer amamos a quien seguimos. Nuestro amor acrecienta nuestra fe y la fe mantiene vivo el amor. María es la peregrina de la fe. En Ella aprendemos a creer y a amar con todo el corazón. Ella hace posible que nuestro amor crezca. El fruto de la fe es el amor. Decía el P. Kentenich: «*¿Acaso no conocen personas que tienen como única tarea de vida cumplir reglas, que cumplen reglas todo el día? Hacerlo tiene por cierto un sentido profundo. Pero, ¡todo debe tener como trasfondo el motivo central del amor! El amor inspira en mí la justicia, el temor, la dependencia*»⁹. El motivo central de nuestro actuar debe ser el amor. Ya lo decía la Madre Teresa: «*Si realmente estás enamorado de Cristo, por modesto que sea tu trabajo, lo harás lo mejor que puedas, con todo el corazón. Puedes agotarte en el trabajo, e incluso puedes matarte, pero es inútil en tanto que no está impregnado de amor*». María nos muestra el camino para entregar el corazón. Por la Alianza de amor con Ella surge ese lazo de amor que marca nuestra vida. El amor es el fruto visible de nuestro camino de fe. **Por nuestras obras de amor reconocerán a Dios actuando en nosotros.**

⁸ Benedicto XVI, “Porta fidei”, carta apostólica

⁹ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 246